

ALFONSO DE LAMARTINE



EL VALLE

Cansada, enferma, desabrida el alma,
sin amor ni esperanza, no el gemido
flébil levanta á importunar la suerte.
¡Oh campos de mi infancia! Sólo os pido
un asilo postrero, donde en calma
pueda aguardar la muerte.

Senda estrecha me lleva al seno oscuro
del escondido valle.

A entrambos lados rocas escarpadas
ciñen la estrecha calle;
bosque antiguo corona el pardo muro,
y en mi frente de fuego,
con su sombra, las ramas enlazadas
vierten grato sosiego.

Contornan susurrando
el valle, bajo frescas enramadas,
dos arroyos de tímida corriente,
que el raudal pobre y el murmurio blando
unen, y expiran cerca de la fuente.
Así resbala humilde en la pendiente
de angosto cauce mi ignorada vida;
pero jamás, como el raudal sonoro,
reflejó mi existencia combatida
de una aurora sin nubes el sol de oro.

El fresco ambiente, la mullida alfombra,
la que del sol protege tu camino
estremecida sombra,
á tu margen florida
llevan mi planta, arroyo cristalino.



Cual niño que se duerme al dulce encanto
de monótono canto,
en el nido mi espíritu se encierra
de antigua selva, que bastó á mi anhelo,
y solo, en el regazo de la tierra,
oigo al agua correr y miro al cielo.

¡Ay!, sobrado he sentido;
sobrado amé en el mundo:
¡llenad mi cáliz, aguas del Leteo!
Riscos de mi niñez, valle profundo;
sed para mí los campos del olvido;
la dicha dadme, que última deseo.
Mi espíritu en silencio, y en reposo
está mi corazón. El clamoreo
del vano mundo, al arribar á él, muere,
como el són misterioso
que apagó la distancia, y al oído
apenas débil hiere.

Como al través de vaporosa niebla,
sobre el obscuro fondo del pasado
la vida miro, que su abismo puebla,
desvanecerse; y en la noche fría
brilla solo el amor, iluminado
de eterno sol, cual persistente sombra
de un sueño, que borrar no puede el día,
y al despertado espíritu aún asombra.

Reposa, ¡oh alma mía!,
en este asilo, de feliz bonanza,
cual detiene el cansado caminante
trémulo de esperanza,
al pie del patrio muro el flojo paso,
y respira un instante
embebecido el soplo del ocaso.

Como ese fatigado peregrino,
el blanco polvo de mis pies sacudo.
Pasar dos veces el fatal camino
jamás el hombre pudo.
Al fin de la jornada
el sosiego feliz respirar quiero
que de la eterna paz, por mí anhelada,
es dulce mensajero.

Breves son nuestros días y nublados,
como días de otoño. Velozmente
declinan, cual la sombra en la pendiente

de los altos collados.
Por la amistad burlados,
sin dicha cierta ni piedad segura,
recorremos la senda tenebrosa
que va á la sepultura.
Mas la Naturaleza brilla hermosa;
ella siempre nos ama,
y á su regazo maternal nos llama.
A su calor fecundo
resurgirá mi vida renaciente;
si cambió todo para mí en el mundo,
aún brilla el mismo sol sobre mi frente.
Aún de luces y sombras me rodea.
Dé los fugaces bienes que he perdido
apartaré la tentadora idea.
Callado escucharé y estremecido
la voz que oyó Pitágoras, incierto
eco tal vez del celestial concierto.
A la luz, en los cielos, á la sombra
yo seguiré en la tierra; al espantoso
huracán, cuando estalle
la tempestad, cuyo fragor asombra;
y cuando todo calle,
con los rayos del astro del reposo
penetraré en el bosque misterioso
y en el oculto valle.

Dios, para concebir su omnipotencia,
nos dió la inteligencia.
Muestra el mundo la mano creadora.
En su silencio, á quien escucha atento,
habla siempre una voz reveladora:
¿quién en el corazón no oyó su acento?



INVOCACIÓN

Tú, que en este desierto árido y triste,
 como huésped venido de los cielos
 ante mí apareciste,
 dando un rayo de amor á mis anhelos,
 rompe el enigma de tu sér profundo;
 tu nombre di, tu patria y tu destino:
 ¿Fué tu cuna este mundo?
 ¿Eres, no más, un hálito divino?

De amor sedienta y de la eterna lumbre,
 ¿mañana el vuelo emprenderás acaso?
 De este valle de luto y pesadumbre,
 ¿has de seguir las sendas paso á paso?
 Sea cual fuere tu ignorada suerte,
 sea cual fuere el que divino encierra
 tu suprema hermosura, sér oculto,
 permíteme, hija del cielo ó de la tierra,
 que te dé, hasta la muerte,
 inmenso amor ó reverente culto.

Si con nosotros la escabrosa vía
 sigues en estos lóbregos lugares,
 deja que en tu esplendor mire mi guía
 y humilde bese el polvo que pisares.
 Mas si remontas de improviso el vuelo
 después de haberme amado breve instante,
 de quien te llorará siempre constante,
 acuérdate en el cielo.

INSCRIPCIÓN PARA UNA CASA DE CAMPO

¿Orientar quieres tu choza
 sin compás y sin escuadra?
 Abre á la tierra la puerta
 y á los cielos la ventana.



EL CARACOL DE MAR

Niña hermosa, cuando alegre
 recorras la húmeda playa,
 que al mar, con rubias arenas,
 teje primorosa franja,
 tiende la mano, amor mío,
 al caracol de oro y nácar,
 que Venus, para pulirlo,
 echó á las olas amargas.

Anfitrite, en su joyero,
 no tiene mejor alhaja;
 apenas las frescas rosas
 de tu mejilla le igualan,
 y si acercas á tu oído
 la espiral que oculta guarda,
 tan vagos clamores oyes,
 que á distinguirlos no alcanzas.

Ora es la bronca tormenta
 que montés líquidos alza,
 y en espuma se deshace
 para morir á tus plantas;
 ora, del bosque sonoro
 las palpitadoras ráfagas;
 ora son voces confusas,
 que todas á un tiempo charlan.

¿No piensas tú, cuando escuchas
 vibraciones tan extrañas,
 que en el fondo misterioso
 del caracol de oro y nácar,

la inmensa Naturaleza
 todos sus ecos encauza,
 y en el hueco de tu mano
 los concentra y amalgama?

Llévate, mi ángel querido,
 esa joya, que el mar labra;
 y cuando aburrida busques
 un juego que te distraiga,
 inclina al bruído estuche
 la mejilla sonrosada,
 cierra los limpidos ojos,
 y escucha con toda el alma.

Si de los tenues acentos
 que de allí dentro te llaman,
 escuchas uno más dulce
 que te impresiona y encanta,
 y que á los bordes expira
 de la concha nacarada,

cual confesión amorosa
 que el labio trémulo apaga;

Si tu candor, al oirlo,
 goza, y á la vez se alarma;
 si nuevamente renace
 cuando apagado desmaya;
 si parece que en el fondo
 del pecho rueda entre lágrimas;
 si algo tiene de gemido,
 y algo tiene de esperanza...

En descifrar el enigma
 no te canses, niña amada;
 ¡yo soy, yo soy el aliento
 melodioso que te halaga!
 ¿Qué música habrá en el mundo
 como el suspiro que exhala
 este fiel corazón mío,
 si de ti, gozoso, me habla?



Á ELVIRA

Aún el Anio murmura
 de Cintia el dulce nombre á la espesura
 del apacible Tibur; el de Laura
 dice en Valclusa suspirando el aura,
 y Ferrara la espléndida hermosura
 recuerda de Leonora.
 ¡Feliz beldad la que el poeta adora!
 ¡Dichoso el nombre que inspirado cantal
 ¡Oh tú, que de su amor la ofrenda santa
 en secreto recibes;
 en vano contra ti fiera levanta
 la muerte su segur: ¡eterna vives!
 De la pasión consagra la memoria
 la poesía, y al alzar su vuelo,
 al amante y la amada eleva al cielo
 y los conduce al templo de la gloria.

¡Ah! Si mi pobre nave
 que á merced de los vientos hoy resbala,
 fijando el rumbo incierto
 á impulso de otro soplo más suave,
 plegar pudiera el ala,
 cual ave perseguida, en feliz puerto;
 si brillase en mi cielo un sol más puro;
 si el llanto de una bella los enojos
 pudiera conjurar de airada suerte,
 y apartar de mis ojos
 las sombras de la muerte,
 audaz acaso... Mi ambición perdona,
 ¡oh Numen de la lira!
 el rendido amator, ¿qué no ambiciona?
 Acaso audaz mi canto diese al viento,
 y á la mujer que mi pasión inspira
 alzara un monumento.

Tal, cuando al pie de un árbol del camino
 se detiene un momento
 cansado el peregrino,
 del tronco amigo, que su frente escuda,
 graba una cifra en la corteza ruda.

Todo rinde á la muerte su tributo.

Mira á las selvas desnudar la verde
pompa estival, y que el lozano fruto
el fértil campo pierde.
Ancha tumba en el mar encuentra el río;
el floreciente prado
marchita el cierzo frío,
y en ese giro eterno
ya el carro del otoño va empujado
por la aterida mano del invierno.
Cual genio destructor que el brazo fuerte
armó implacable de mortal cuchilla,
el tiempo, con el hierro de la muerte,
todo á sus pies lo humilla.
Así la mies dorada caer vimos
al golpe de los rudos segadores;
así á la vid lozana
arranca octubre con su mano dura
pámpanos y racimos.
De la efimera vida bellas flores,
así pereceréis: dulce hermosura,
rosa de una mañana,
radiante juventud, tiernos amores,
así pereceréis, si agradecida
no os da la voz del genio eterna vida.
Al que embriaga el placer festivo coro
descienda tu mirada;
cuando arroja cansada
la mustia juventud la copa de oro,
dime, ¿qué queda de ella?
Ni un nombre, ni un recuerdo, ni una huella.
Silencio eterno sucedió al sonoro
cantar de sus amores placenteros;
la losa sepulcral su olvido sella.
Mas tu ceniza fría
esparcirán los siglos venideros,
y tú vivirás siempre, Elvira mía.

LA VIDA EN EL CAMPO (1)

¡Dulces valles de mi infancia,
salud! ¡Heredad paterna!
¡Cabaña pobre y humilde
á los bordes de la selva,
suspendida de un collado
en la pendiente ladera,
tú, cuyo techo campestre,
oculto entre verde hiedra,
nido parece que un ave
en las ramas escondiera!
Céspedes entrecortados
por arroyos de aguas frescas;
viejo umbral, donde mi padre,
que amado como un rey era,
contaba feliz sus reses
al volver de las praderas,
dulces valles, granja humilde,
miradme, ya estoy de vuelta!

Veo del Dios de los campos
el templo rústico; suenan
las religiosas campanas
en sus dos torres gemelas;
y parece que en el aire
oigo una voz lastimera,
que, llamándome, los días
de mi niñez me recuerda.
¡Cuna oscura de mi vida!
Ya cansada el alma inquieta,
para siempre en tu regazo
repose encontrar anhela.
¡Lejos de mí las ciudades
y su estéril opulencia!
Yo he nacido entre pastores.
Niño, mis delicias eran
seguir con ellos los pasos
errantes de las ovejas,

y al volver, cuando el ocaso
va extendiendo sus tinieblas,
lavar sus cándidas lanas
en la cristalina alberca.
¡Cuán atrevido, á los árboles
trepaba en la edad aquella
porque nadie me ganase
en robar con mano pérfida
bajo el ala de sus madres
las tórtolas pequeñuelas!

Deleitábanme las voces
del crepúsculo, que inciertas
las ráfagas vespertinas
por los anchos campos llevan;
el sordo y lejano ruido
de la crujiente carreta,
y el cencerro de las cabras
que en las lomas tintinea.
Después, triste desterrado
en interminable ausencia,
cual vaso que su perfume
primero siempre conserva,
en mi corazón herido
siento delicias secretas,
que mi espíritu cansado
á los campos encadenan.

Cúbreme, paterno valle,
con tus sombras halagüeñas;
sauces, que dobláis las hojas,
de luto lloroso emblema,
sobre vuestro pobre hermano
inclinad las ramas trémulas;
reconoce, verde musgo
que pisé otra vez, mis huellas,
y tú, que, lejos del hombre,
tu destino al mundo velas,

(1) Esta poesía forma parte de la titulada *Los Preludios*, que es la XV.^a de las *Nuevas Meditaciones poéticas*, y está dedicada á Víctor Hugo.